

mismo lugar recuerda el *Discurso sobre la historia universal*, obra escrita, como Bossuet ha dicho, con igual objeto que la *Ciudad de Dios* de San Agustín, y de la cual el Obispo francés ha tomado muchas ideas, citándola á menudo. Pues bien; San Agustín, en su *Ciudad de Dios*, se ocupa mucho en la política cristiana. Además de esto, el juicio de Dussault versa sobre las oraciones fúnebres, y Bossuet en muchas de ellas, de las cuales recordamos ahora la de Condé, la de la reina de Inglaterra y la de la señora La Vallière, cita para sus apreciaciones políticas lugares de San Agustín. ¡Y con todo esto, el citado escritor añade exageración á exageración, y no se contenta con llamar á Bossuet Santo Padre! ¡Su entusiasmo no se satisface sino diciendo que es más que un Santo Padre! ¿Y por qué? ¡Porque se ha ocupado en la política cristiana...! Perdónesenos esta digresión, si tal puede llamarse lo que sirve para vindicar la gloria de los primeros y más grandes oradores cristianos.

Orador sagrado: el gran Padre de familia te ha colocado en el campo de la Iglesia para que distribuyas sus frutos y flores al pueblo cristiano: toma del árbol mismo los frutos que son sabrosos y muy sanos, y corta las flores del mismo tallo, que son frescas y muy fragantes: alimenta á los fieles con el pan sustancial de la palabra divina. ¿Te atreverás á recoger del suelo y dar al pueblo aquellas flores desgajadas del tallo ó los frutos desprendidos del árbol? Considera que esas flores están marchitas y esos frutos son insípidos; que así no cumples las órdenes de Dios, eres un administrador infiel, y engañas al pueblo cristiano dándole por alimento el pan ligero y desjugado de la doctrina del hombre. ¿Te propones ser elocuente? ¡Ah! Si no administras la palabra de Dios, jamás serás elocuente para las almas cristianas, y lo que es todavía más lamentable, nunca podrás decir con el Apóstol: «Non enim erubescio Evangelium.» «No me avergüenzo de predicar el Evangelio(1).»

(1) A los Romanos, cap. I, 16.

LECCION XIII.

De la preparacion próxima para predicar.

Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata, y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado, y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, porque es muy posible que, sin advertirlo, se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega exclusivamente. Atendida la variedad de los casos, caractéres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera no sería conveniente, dictar á los jóvenes un método exclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia, que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon, y cuya grande utilidad conocemos por propia experiencia. Consiste en que el jóven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto más necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun San Gregorio, no sólo el error, sino hasta la más pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de Santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable; estaria por de más hacer aquí el elogio de ese eminente genio, á quien, como dice el P. Ráulica, se en-

cuentra siempre en el camino cuando se busca la razón, en lo que es posible, de cualquiera misterio del Cristianismo (1); ni una sola vez hemos consultado la *Suma Teológica* sin que hayamos encontrado, no sólo sana y copiosa doctrina, sino importantísimas nociones de filosofía cristiana; y muchas veces en un sólo artículo, ó en alguna de sus notables respuestas á los argumentos, hemos hallado el plan de un discurso; y trazada toda su marcha.

El estudio que acabamos de aconsejar creemos que debe ser el primero en el orden del tiempo; pero el de la Sagrada Escritura lo es por su importancia esencial para el orador cristiano, quien debe buscar en el Nuevo y Antiguo Testamento, especialmente en los Santos Evangelios y en las Epístolas de San Pablo, los lugares donde se contenga la doctrina que se propone explicar.

Algunas homilias, discursos y tratados de los Santos Padres relativos al asunto de la predicación completarán la preparación del orador sirviéndole para comprender mejor la doctrina y para desenvolverla convenientemente.

Este método, se nos dirá, parece tan fácil como seguro: pero ¿dónde y cómo encontrar los lugares de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres á propósito para predicar sobre una manera determinada? Confesamos que esta dificultad es grave y casi insuperable para quien no haya hecho de antemano los estudios que, como en otras lecciones hemos indicado, son necesarios al orador: á quien tan desprovisto de ciencia quiera predicar, le acontecerá lo que sucede al que por no haber trabajado en su juventud, se encuentra más tarde en la necesidad, de mendigar: «Sicut qui patrimonium non pararunt, subinde quærunt, ita in oratione, qui non satis laborarunt (2).»

Esto es tan cierto, que aún los hombres de profundos estudios, en el momento de componer un discurso, quisieran á veces consultar alguna de sus pasadas lecturas, y no les es posible hacerlo porque les falta la memoria local. San Agustín experimentó la inestabilidad de su memoria, y para remediarla solía escribir lo que no quería olvidar; «meditationes meas, ne oblivione fugiant, stilo alligo.» Nuestro Granada aconseja que se anoten por ór-

(1) *La Razon filosófica*, Conferencia IX, pág. 510; Madrid, 1852.

(2) Quint., lib. VIII, Proemio, n. IV., tom. II, pág. 28.

den de materias cuantas ideas notables se adquirieran con la lectura ó con el trato de hombres sábios; «con este cuidado y diligencia, dice, poco á poco va creciendo nuestro tesoro, y al cabo de muchos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias exquisitas (1).» Igual consejo da San Carlos Borromeo. Los siete libros de las *Cuestiones sobre el Pentateuco*, de San Agustín; las *Estrómatas*, de Clemente Alejandrino; los *Principios filosóficos de la literatura*, del abate Batteux (2), y el *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, de Maury (3), son el resultado de las notas que habian ido tomando sus autores, según su propio testimonio; y si al lado de estos ejemplos pudiéramos alegar nuestra experiencia para estimular á los jóvenes á seguir este método, diríamos que para estas lecciones nos hemos servido de los apuntes y extractos que hemos acostumbrado hacer desde nuestra juventud.

Las lecturas que hemos indicado, y cualesquiera otras buenas que haya hecho el orador, habrán enriquecido su espíritu; y entonces preciso es hacerlas germinar, convirtiéndolas, digámoslo así, en propia sustancia; lo cual se consigue por la meditación.

En todas las ciencias y materias hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un gran número de verdades: los espíritus vulgares giran alrededor de estos principios, sin atreverse á llegar á ellos; se detienen en ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de pormenor; sólo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás (4), el apoderarse de los principios y descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á sus principios, fíjese en ellos, médite los profundamente, y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extensión, y su marcha será tan expedita como acertada.

(1) Lib. II, cap. VII, números 3 y 4, pág. 75.

(2) El mismo autor, en la historia de su vida, tit. I, pág. XXIX; Madrid, 1795.

(3) Ensayo V, pág. 6.

(4) Qui enim habet intellectum elevatum, statim uno principio demonstrativo proposito ex ipso multarum conclusionum cognitionem accipit. Quod non convenit ei qui debilioris intellectus est, sed oportet quod ei singula explanentur. (Pars. 1.ª, q. XII, a. VII, o.)

La doctrina no debe ser el único objeto de su meditación, porque se expondría á mantenerse en la esfera de abstractas especulaciones, en cuyo caso sus discursos carecerían de valor práctico, que tan necesario es para que sus palabras lleguen al corazón de sus oyentes: éstos, pues, y sus necesidades han de ser también el objeto de las meditaciones del predicador, cuyo ministerio es práctico.

Hay además, como indica San Agustín, una razón peculiar del ministerio de la predicación, que aconseja al orador que tenga en cuenta á sus oyentes en el acto de preparar sus discursos. La Religión ha enaltecido al orador cristiano; rodeado éste de oyentes que le escuchan con respetuoso silencio, no ha de esperar las observaciones y réplicas que dan pábulo y empuje á la elocuencia del foro ó de la tribuna. Si el predicador ha fijado toda su atención en la doctrina, y al meditarla no ha pensado en su auditorio, es muy probable que en medio de un gran concurso se halle solo consigo mismo y caído en la monotonía; porque no puede haber orador elocuente, dice Cicerón, sin numeroso auditorio. «Sic orator, sine multitudine audiente, eloquens esse non possit (1).» Contémplese el predicador en la soledad de su aposento cual si estuviera rodeado de su auditorio; considere á este ser colectivo como un sólo individuo; vea en su propio corazón el corazón de sus oyentes; examínele, oiga sus réplicas, disuelva sus objeciones, disipe sus pretextos, triunfe de su resistencia, y no cese hasta que le haya convencido y persuadido, reduciéndole al servicio de la verdad y á la práctica de la virtud.

En esta doble meditación pasaba la noche anterior al día en que había de predicar el Padre San Bernardo. «Siquidem ad præparanda fercula vestra, tota hac nocte concaluit cor meum infra me, et in meditatione mea exarsit ignis.» En una ocasión contemplaba el Crisóstomo, desde su retiro, la ley santa de Dios y los desórdenes de los fieles, que acudían presurosos á los juegos circenses y al teatro; «ego itaque domi sedens... graviora patiebar, quam si qui tempestate jantantur: inque terram spectabam pudore suffusus;» y abrasado su corazón con este doble pensamiento, prorumpió con aquella elocuencia de fue-

(1) *De Orat.*, lib. II, n. LXXXIII, tom. II, pág. 205.

go que caracteriza la justamente celebrada homilía que comienza: HÆCCINE FERENDA? HÆCCINE TOLERANDA? VOBIS ENIM IPSIS JUDICIBUS CONTRA VOS UTI VOLO. ¿Y qué otra cosa si no el recuerdo de Dios y los pecados de su pueblo fué lo que le hizo verter aquellos raudales de lágrimas, de las que ponía por testigos á la soledad y á su habitación? «Nisi quis me putaret auram superfluum captare, quotidie me videres fontes lacrymarum emittere. Harum vero consciæ sunt domuncula et solitudo.»

El jóven que, sin la indispensable preparación del estudio y de la meditación, pretenda componer un discurso, pagará bien cara su impaciencia; en vano tomará la pluma y en vano se fatigará, buscando fuera de sí mismo lo que sólo ha de proceder de su interior: si no tiene ideas, ¿dónde encontrará expresiones? ¿Puede haber color sin cuerpo que le reciba? ¿Puede haber cuerpo vivo sin alma que le anime? ¿Puede haber sombra sin objeto que la ocasiona? Por el contrario, si su alma está poseída, no le faltará palabras, ni se verá obligado á hablar como quien contesta á lo que le preguntan; las expresiones nacerán de los mismos pensamientos, y les seguirán como la sombra al cuerpo.

San Bernardo encierra toda la doctrina de esta lección en un símil: «La pila de una fuente, dice, no vierte agua hasta que se ha llenado; entonces derrama la que sobra abunda, y conserva cuanta le cabe; los arcaduces no hacen más que dar paso á las aguas, pero ninguna aumentan ni conservan para sí.» ¡Predicador cristiano! Si carece tu alma de esa vida y movimiento que sólo nace del estudio y de la meditación, ¿qué fuerza darás á tus discursos? Saldrán de tus labios, fríos é inanimados, como pasan tranquilas las aguas por los arcaduces. «Procura, dice San Bernardo, que tu alma sea como una fuente perenne, como una pila que rebose, y entonces predica, y tu palabra será elocuente, porque de la abundancia del corazón habla la boca (1).» «Si sapis, concham te exhibebis, et non canalem. Hic siquidem pene simul et recipit, et refundit: illa vero donec impleatur, expectat; et sit quod superabundat, sine suo damno communicat... ergo et tu fac similiter: implere prius, et sic curato effundere.»

(1) San Mateo, XII, 34.

LECCION XIV.

De los sermonarios.

Al tratar de la lectura que puede servir de preparacion próxima para predicar, no hemos hablado de los sermonarios, porque creemos, no sólo que sirven para poco en aquel momento, sino que pueden ser una rémora para componer bien.

Los sermonarios que han merecido un juicio favorable de hombres de gusto, son excelentes como libros de estudio, no tanto por su doctrina, que puede recogerse con más provecho y seguridad de las fuentes indicadas, como porque con el estudio y análisis de las bellezas que encierran, y aún de los defectos, de que rara vez se eximen las mejores composiciones; se forma el gusto del orador y aprende el camino por donde puede ir á la perfeccion, y los escollos que debe evitar. Léanse, pues, en buen hora y estúdiense éstos modelos, mas no en el momento crítico de la preparacion para predicar, cuando la atencion debe reconcentrarse en la materia del discurso, porque en esos momentos toda distraccion perjudica, y este es el menor daño que ocasionaria tan inoportuna lectura.

La elocuencia es un movimiento continuo del alma: por consiguiente, lo que estrecha el círculo de las ideas le daña, y lo que embaraza la marcha del espíritu, ó apaga el fuego de la imaginacion, ó enfrena los arranques del corazon, la aniquila: tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven orador; con la circunstancia de que este peligro será tanto mas inminente, cuanto mayor sea el mérito de los modelos que lea.

Ciceron en su juventud aprendia de memoria pasajes selectos, cuyas ideas procuraba reproducir libremente; pero cuando se esmeraba en servirse de los términos más propios y de mayor adorno, tenía que repetir literalmente los temas que habia aprendido: ¡tan sojuzgado quedaba su espíritu! Esta experiencia le hizo desistir de semejantes ejercicios: sucediale además que cuando se esforzaba en buscar expresiones de su mismo caudal, le parecian

impropias, y su trabajo le desagradaba (1). Si esto acontecia á Ciceron, teman los jóvenes que la lectura de composiciones escogidas en el momento de prepararse para predicar les infunda el decaimiento de ánimo que enerva el espíritu; y más aún teman que ese abatimiento se convierta en desesperacion, conduciéndoles, como á otros, al extremo de hacerse plagiarios; en cuyo caso les será, si no absolutamente imposible, por demás difícil predicar con elocuencia.

Suelen preguntar los jóvenes: ¿podremos acaso componer un discurso mejor que los que nos han dejado los grandes oradores? Sí, y os lo decimos con la más íntima conviccion; si no careceis por completo de dotes oratorias, podeis componer discursos más elocuentes, no absoluta, sino relativamente, que los de esos grandes oradores. La pregunta, cuando no es un disfraz para cubrir la indolencia, es una preocupacion errónea, que muchas veces ha cortado en flor las halagüeñas esperanzas que habian hecho concebir talentos privilegiados, pero que, reducidos al papel de simples copistas y pobres plagiarios, se han inutilizado y perdido para la elocuencia del púlpito.

La elocuencia no es una abstraccion; su teoria es una é invariable para todos los hombres, pero su práctica es individual. Las ideas sólidas, los sentimientos nobles, las imágenes vivas, alma y vida de un discurso, no se imponen á nuestra alma, porque son el producto de la accion enérgica y fecunda de nuestro espíritu, y aunque esa accion está sometida á leyes primordiales, dentro de ellas está, sin embargo, la independencia con que obra, con que se abre diversos caminos y busca una expresion adecuada para manifestarse al exterior. Pretender que la lectura de una buena composicion, baste no sólo para excitar el movimiento de nuestra alma, lo cual no es absolutamente imposible, sino para imprimirle una direccion en la complicada labor de los fenómenos intelectuales, enteramente conforme á la marcha que siguió el espíritu del autor original, ó aspirar á que los fenómenos de nuestra alma se acomoden sin violencia á la expresion que á los suyos dió otro escritor, á una expresion, en fin, que se le impone de afuera, es desconocer la ciencia ideológica y la teoría de la elocuencia.

(1) De oratore, lib. I, n. xxxiv, tomo II, pág. 47.

Además, en el buen efecto y resultado cumplido de un discurso influyen mucho el lugar y tiempo en que se pronuncia, la actual disposición de los oyentes y las circunstancias personales del predicador; tales son la posición que ocupa en la Iglesia, su talante, su voz, su ademán y también su edad, porque, como dicen los Santos Padres, á cada edad corresponde un género distinto de elocuencia. Sobre la grande dificultad, pues, que ofrece la inflexibilidad de nuestro espíritu para sujetarse á la marcha de otro y á las formas de expresión que ha usado otro hombre, hay la incomparablemente mayor de que las circunstancias de actualidad y las personales sean idénticas en el autor y en el copista; de donde se infiere no sólo la suma dificultad de que un plagiario sea elocuente, sino cuán fácil es que se haga ridículo; porque discursos que fueron elocuentísimos en los labios del Crisóstomo, podrian aparecer ridículos en los de un plagiario, colocado respecto de aquel grande orador en distintas circunstancias de lugar, de tiempo y de auditorio, ocupando en la Iglesia una posición ménos elevada y careciendo de las dotes personales y de la aureola de la gloria que circundaba al gran Patriarca de Constantinopla.

Confiamos que cuando los jóvenes principien á componer y sientan la tentación de copiar, han de oír en su interior una voz que les aparte de tan mal camino; voz que quizá no comprenderán al principio, como tampoco la comprendíamos nosotros las primeras veces que la oímos. Sucedianos en nuestra juventud que al prepararnos para predicar de un asunto determinado, recordábamos algunos discursos predicados sobre la misma materia, y cuya lectura nos habia entusiasmado; los buscábamos con ánsia; los leíamos con avidez; pero... quedábamos completamente defraudados: lo que ántes era objeto de nuestra admiración, ahora nos desagradaba: no era á propósito... ¡Cerrábamos el libro con pena! ¡Qué abatimiento! ¡Cuánto tiempo perdido...! ¿Qué cambio habia sido éste? Los discursos eran los mismos: nuestro criterio, bueno ó malo, era el mismo: ¿qué es, pues, lo que habia cambiado? Entónces no lo conocíamos, pero ahora lo sabemos. Habia cambiado nuestra posición, estábamos colocados en diferente punto de vista: ántes leíamos aquellas composiciones no más que por placer ó por estudio; buscábamos sólo su valor absoluto, y le encontramos porque le tienen, y nuestro espíritu quedaba satisfecho:

ahora buscábamos un valor relativo á la situación actual de nuestro ánimo, á nuestras condiciones personales, á las de nuestros oyentes y al conjunto de las circunstancias presentes; y ese valor relativo no lo encontrábamos, ni existia, porque no éramos nosotros lo que fueron los autores de aquellas grandes composiciones, ni eran idénticas las circunstancias en que nos encontrábamos y las en que aquellos se encontraron.

Los Santos Padres leían con grande interés los escritos de sus contemporáneos y predecesores; y salvo muy pocas excepciones, como, por ejemplo, un sermón de San Gregorio Niseno sobre la caridad, en el que copió algo de la oración XV del Nazianceno, no hemos visto en cuanto hemos leído que los Santos Padres copiasen las composiciones de otros. Los grandes oradores de los tiempos modernos han estudiado los Santos Padres y los han imitado, pero no los han copiado: de Bossuet y Bourdaloue, por ejemplo, puede decirse con seguridad que como oradores no han hecho más que trabajar sobre el rico fondo de las obras de los Santos Padres; pero nunca, jamás copiaron: con la meditación hicieron suya la doctrina de los Doctores de la Iglesia, y suyas fueron también, aunque muchas veces imitadas, las bellísimas formas con que las revistieron. Imitaron como los grandes maestros; pero copiar, no lo hicieron jamás, ni era posible que á ello se doblegasen tan pujantes y elevados ingenios. Si se nos citasen algunos hechos en contra, serán tan pocos, que no alterarán la verdad de lo que en general acabamos de sentar. Y de tal manera es la inflexibilidad en esta parte de las facultades intelectuales, que los oradores acostumbrados á predicar sus propias composiciones no pueden repetir las literalmente cuando predicán sobre la misma materia de que lo han hecho otras ocasiones: en estos casos, ó consideran el asunto bajo un aspecto nuevo, ó por lo ménos modifican el giro de sus antiguos discursos y les dan nueva forma. Para fijar más la atención de los jóvenes sobre este particular, citaremos casos determinados. San Juan Crisóstomo trataba frecuentemente en sus homilias de la limosna y de la costumbre de jurar; pero las formas con que se expresaba eran siempre diferentes: dos veces predicó de la TRAICION DE JUDAS y otras dos de la CRUZ Y DEL BUEN LADRÓN; y las cuatro homilias son distintas. Conservamos de San Agustín cuatro sermones sobre la ORACION DOMINICAL: todos ellos se diferencian entre

sí y el LVIII es de un mérito muy superior á los tres restantes.

Los principios de la ciencia ideológica, la teoría del arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos antiguos y modernos, se compendian en estas palabras de Fr. Luis de Granada, cuando, aconsejando al orador que predique sus propias composiciones, dice: «Las cosas que son nuestras las tratamos con más afluencia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo (1).» San Cipriano se servía de otro símil muy expresivo: á los que le pedían que les enviase tratados compuestos sobre determinadas materias, se limitaba á enviarles una suma de pasajes de la Sagrada Escritura, diciéndoles: «No os envío un tratado, sino materia abundante para que vosotros le compongais.» «¿Qué haria yo, decía á Fortunato, con remitirte un tratado compuesto por mí y á mi gusto? Esto equivaldría á enviarte, para que te ataviases, un vestido hecho á la medida de otro hombre de diferente figura y de otra talla que la tuya.» «Nam si confectam et paratam jam vestem darem, vestis esset mea, qua alius uteretur, et forsitam non pro habitudine staturæ et corporis res alteri facta minus congruens haberetur... tunicam tibi pro voluntate conficies, et plus ut in domestica tua atque in propria veste lætaveris, et cæteris quoque ut conficere et ipsi pro arbitrio suo possint, quod misimus exhibebis.»

LECCION XV.

Del plan del discurso.

Con el estudio y la meditacion de la materia acumulará ideas el orador y brotarán de su corazón los sentimientos: al principio, tal vez, se ofrecerán estos fenómenos al espíritu tumultuariamente, segun la frase de San Bernardo: «Quantus enim tumultus est in mente dictantium, ubi multitudo perstrepat dictionum, ubi orationum varietas et diversitas sensuum concurrat.» Entónces es preciso, dice Quintiliano, ordenar los pensamientos como el artífice que pone en orden los materiales acopiados (2); y cuando se ha encontrado lo que se ha de decir, es nece-

(1) Lib. II, cap. VII, n. 4, pág. 76.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 1.

sario, segun Ciceron, disponer el modo con que se ha de decir: «Invenire quid dicas, inventa disponere (1).»

Esto, que los antiguos llamaban disposicion, lo llamamos ahora PLAN DE UN DISCURSO; que consiste en fijar el término á que se dirige el orador, señalando el camino que ha de seguir con regularidad. Sin esta preparacion, el predicador se expone á extraviarse y extraviar la atencion de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas y palpando las paredes, en expresion de Quintiliano (2).

El idear el plan de un discurso suele costar más trabajo y más tiempo que su ejecucion; pero quien haya acertado á trazar un plan natural, sencillo y razonable, habrá entrado en un camino llano y espacioso, por donde marchará rápidamente y con toda seguridad: por el contrario, el jóven que tome la pluma sin aquella preparacion, pagará cara su imprudencia, y su proceder será vacilante y desacertado.

Sólo la meditacion de la materia puede inspirar al orador un plan acertado; porque no sólo comprenderá los principios de donde fluyen naturalmente las consecuencias, sino que beberá en abundancia las aguas en la misma fuente, y no necesitará buscarlas en los riachuelos, como hacen los ingenios tardos. ¡Cuántas veces nos ha sucedido que al trabajar sobre un plan que creíamos bien meditado, las nuevas reflexiones que nos sugeria la composicion nos han descubierto un plan más acertado que el primero!

La unidad es condicion necesaria para un buen plan, porque nuestro espíritu está sometido á esta ley. ¿Procede esto de la unidad de nuestro sér inteligente y de la real ó facticia con que se nos ofrecen cuantos seres nos rodean y son objeto de nuestro conocimiento? No es ocasion de ocuparnos en dilucidar este fenómeno psicológico; pero él es constante é indudable: nada que no sea uno ó lo parezca nos agrada, dice San Agustin, siendo, por el contrario, la unidad la forma de la belleza; «Cum omnis porro pulchritudinis forma unitas sit.» Idea luminosa que repite muchas veces el Santo Doctor. Por otra parte, la limitacion de nuestras fuerzas intelectuales nos impide atender á la vez á muchos y diversos objetos: marchará,

(1) *De orat.*, lib. II, n. XIX, tom. II, pág. 116.

(2) Lib. VII, Proemio, tom. II, pág. 2.